

**EL TRAUMA PSICOSOCIAL DESDE LA EXPERIENCIA DE
LATINOAMÉRICA. UNA APROXIMACIÓN AL CONFLICTO
POLÍTICO**

**Responsable: Miryam C Fernández Cediel
Estudiante: Álvaro Javier Lavacunde Sterling
Universidad Sur colombiana Neiva
Colombia**

RESUMEN

El conflicto político colombiana que desde hace varias décadas se ha vivido tiene sus profundas implicaciones en la construcción de sociedad. Los colombianos estamos inmersos en prácticas violentas que hemos aprendido a naturalizar por generaciones; sin embargo el alto costo que la guerra tiene se da desde las bases subjetivas, individuales, sociales, culturales, económicas y políticas y en este sentido se plantea explorar el trauma psicosocial como constructo teórico que podría explicar en parte el malestar nuestra sociedad y especialmente los sobrevivientes del conflicto armado que han sido víctimas de desplazamiento forzado, minas antipersonales, secuestros, amenazas, asesinatos a sus seres queridos, etc. Con este propósito, el presente documento explora los antecedentes conceptuales del trauma psicosocial, la lectura de la psicología de la liberación sobre este fenómeno, se realiza una propuesta para su comprensión desde el construccionismo social y algunas ideas para reconocer este malestar desde la narración. Esta revisión y propuesta se hace en el marco del desarrollo de la investigación “Las memorias colectivas, desde la mirada de las emociones, de los hogares que han vivido la violencia política y que como consecuencia son desplazados que ahora residen en Neiva-Colombia”.

INTRODUCCIÓN

Todo trauma nos conmociona y nos desvía, encaminándonos a una tragedia. Sin embargo, la representación del acontecimiento nos da la posibilidad de convertir ese trauma en el eje de nuestra historia, en una especie de negro lucero del alba que nos indica la dirección

Cyrulnik.

El conflicto armado que tiene Colombia ha afectado a todos sus habitantes en sus diversas

cotidianidades desde hace ya varias décadas, haciendo que la violencia política se convierta para muchos en una experiencia que ha atravesado sus vidas dejando una huella de afectación en sus narrativas.

Tal como lo mencionó Martín-Baró (2000) desde su experiencia con El Salvador: “esta extensión y prolongación de la guerra ha hecho que su impacto alcance a la totalidad de la población, directa o indirectamente” (pág. 15). En Colombia, la violencia política ha hecho que el desplazamiento forzado y en consecuencia el abandono de los hogares por parte de las familias colombianas se constituya en un evento cotidiano, pues la “violencia y el desplazamiento de población son fenómenos históricos que se determinan mutuamente” (Molano, 2007, pág. 211). El éxodo a tierras no prometidas por parte de los colombianos, en su mayoría campesinos, como producto del conflicto armado, no solo pretende el despojo de tierras, sino también el control político regional y el manejo de los recursos económicos del Estado, por lo cual el desplazamiento se convierte en la cuota que deben saldar los colombianos para satisfacer los intereses de unos pocos.

Los colombianos están expuestos a distintas afectaciones de orden físico, social, psicológico, familiar, entre otras, conectadas directamente con la violencia política. Una de las situaciones más alarmantes la viven los niños y niñas por su reclutamiento y participación directa en acciones bélicas, situación que no se desliga del desplazamiento forzado, tal como lo corrobora las Naciones Unidas (2007): “El reclutamiento de niños y el desplazamiento interno están estrechamente relacionados, como en Colombia, pues en muchos casos el desplazamiento es el único medio que tienen las familias en ciertas zonas para evitar que sus hijos sean reclutados por grupos armados.” (pág. 2)

Estando permanentemente en el conflicto, los colombianos se entrena en la violencia y adopta un rol directo dentro de una cultura violenta, la cual aprende a adoptar como suya, afectando profundamente su dinámica vital, como lo expresaba Martín-Baró (2000^a):

La experiencia de vulnerabilidad y de peligro, de indefensión y de terror, puede marcar en profundidad el psiquismo de las personas [...]. El espectáculo de violaciones o torturas, de asesinatos o ejecuciones masivas, de bombardeos y arrasamiento de poblados enteros es casi por necesidad traumatizante. (pág. 34)

Dado lo anterior, un aspecto que debe estar en función de aportar soluciones a este fenómeno es la construcción de políticas en salud mental que comprendan al ser humano como “un ser histórico cuya existencia se elabora y realiza en la telaraña de la relaciones sociales” (Martín-Baró, 2000, pág. 5). Esto es urgente, pues el conflicto que es el enjambre de violencia, polarización social y mentira, ha hecho que los colombianos reconozcan en el malestar social actual una realidad por sobrevivir y adaptarse, lo que patrocina el mantenimiento naturalizante de la violencia en la sociedad colombiana y no la búsqueda de cambios que reivindiquen el interés social por el bienestar. Los colombianos que han sido afectados por la violencia política, tienen como resultado todo un entramado de vivencias, que han generado en muchas ocasiones traumas psicosociales, los cuales se mantienen continuamente vigentes en su construcción de la realidad. Estas secuelas del conflicto han sido precariamente atendidas, pues en el país continúan siendo pocos los acercamientos

MEMORIAS III CONGRESO INTERNACIONAL PSICOLOGIA Y EDUCACION PSYCHOLOGY INVESTIGATION

conceptuales sobre esta problemática, y a su vez son mínimos los desarrollados de estrategias claras de atención psicosocial que brinden espacios para su reparación.

Principales Antecedentes del concepto de Trauma psicosocial

El interés por comprender el malestar psicológico que presentaban los soldados y/o las víctimas de las guerras a principios del siglo pasado es lo que da origen al estudio del trauma psicosocial. La “neurosis de guerra”, el “síndrome del sobreviviente”, la “fatiga del combatiente”, entre otras aproximaciones conceptuales, constituyen los antecedentes primarios del estudio del trauma psicosocial.

Entre los primeros autores que hicieron acercamientos conceptuales del trauma se encuentra Freud (1993), cuando se refirió a las neurosis traumáticas como producto de una experiencia donde se pone en riesgo la vida, es decir, al exceso de excitación desde fuera del aparato psíquico es lo que configura lo traumático. Freud reconoce cómo un gran evento traumático o varios eventos seguidos de un impacto menor que afectan al individuo superan su barrera protectora. Cuando se supera este límite se ve afectado el “principio de constancia” que es el que equilibra a nivel intrapsíquico, la carga energética que permite el normal funcionamiento de los procesos mentales (Madariaga, 2002).

Frente al trauma psíquico, Freud considera que la barrera protectora del individuo está conformada por los recursos de los procesos asociativos que puede utilizar. Esto es una concepción dinámica del psiquismo que por el impacto de los eventos causa un trauma psíquico.

Ya a mediados del siglo XX, surge lo que se conoce como el Trastorno por Estrés Postraumático (PTSD), el cual hace un avance reconociendo los recursos ambientales, sin embargo no escapa del modelo médico, desentendiendo sus dimensiones sociales y comunitarias del trauma, razones por las que no logra explicar y dar una amplia comprensión del malestar psicosocial que se vive dentro del marco local donde se mantiene o ha sucedido un conflicto bélico (Lykes, 2003).

Al desentenderse de la historia previa al hecho y favorecer la ahistoricidad del sujeto y la abstracción del acontecimiento con miras a calificar en base a unos criterios diagnósticos, el PTSD no permite hacer una lectura crítica del malestar, lo que lleva a proponerse otras miradas alternativas que reconozcan los diferentes contextos socio-políticos, culturales e históricos donde se gesta la violencia política.

Por su parte, para Castaño (2004) el concepto de lo psicosocial tiene dos componentes, el aspecto psico que hace referencia a las características individuales de los seres humanos desde una categoría médica, como por ejemplo desde la psiquiatría; y por otro lado, el aspecto social que trata sobre las categorías que dan cuenta de un sentido político e histórico de un conjunto de individuos en un ambiente cultural, económico, religioso y social específico, estos dos componentes deben ser entendidos integralmente. Este mismo planteamiento lo tiene Madariaga (2002) cuando expresa que el trauma tiene una doble

manifestación, desde lo individual y lo psicosocial, todo esto desde un marco de referencia socio-político y la dinámica del trauma psicosocial en un sentido básico habla de una afectación individual que a su vez es colectiva por la naturaleza misma de la afectación.

También Keilson identifica tres secuencias traumáticas, que están caracterizadas por estar en relación a la experiencia bélica. La primera es la invasión militar y posterior ocupación del territorio, la segunda son los hechos de sangre, es decir los hechos violentos donde se ven implicados actos de fuerte impacto contra los individuos y comunidades, estos son llevados a cabo durante el periodo de dominación. La tercera secuencia son las consecuencias psicosociales de la posguerra (Madariaga, 2002).

Hay personas que se muestran fuertes frente a los impactos de tipo psicosocial, para ellas es posible seguir y disfrutar de experiencias positivas. A estas personas las caracterizan unos criterios morales sólidos, un estilo de vida equilibrado, unas aficiones gratificantes, una vida social estimulante, un mundo interior rico, y una actitud positiva ante la vida. (Echeburúa, De Corral, & Amor, 2005). Existen planteamientos (Marsella, Friedman, Gerrity y Scurfield, 1996; Beristain, 1999; Hernández, 2000; Navia y Ossa, 2003) que hablan acerca de que hay modos de adaptación, resistencia, confrontación, y respuesta de los individuos frente al trauma que se forman en cierta medida gracias al contexto. Las características del contexto social determina la intensidad, severidad y cronicidad de los eventos violentos causado por el conflicto armado.

Frente a los comportamientos de los individuos afectados por el trauma psicosocial, Soriano (2002) habla acerca del afrontamiento como las estrategias para tratar la amenaza. Acerca de esto se habla de actividades cognitivas y motoras que se utilizan para preservar y recuperarse frente a una adversidad, además de manejar las demandas externas e internas que son valoradas como excedentes o desbordantes a los recursos del individuo (Lazarus y Folkman, 1984). Este tipo de definiciones han sido adoptadas en la mayoría de trabajos sobre afrontamiento, especialmente en el campo de la psicología de la salud.

Asimismo, se pueden destacar dos componentes de la valoración, por un lado el individuo considera al evento como un desafío y por el otro considera la situación como una amenaza debido a que este acontecimiento supera claramente los recursos del individuo. Estas dos formas coexisten, de manera que cuando un tipo de valoración aumenta la otra tiende a disminuir (Soriano, 2002).

Según los postulados sobre el afrontamiento, cuando aparece un evento de impacto el individuo realiza el proceso de la valoración. De esta manera se emite una primera respuesta emocional, la cual posee unas características y determinada intensidad. Seguidamente aparecerían los recursos que tiene la persona con los cuales intenta resolver la situación y reducir el malestar que se ha producido por la situación. Dado el caso en el que el individuo no posea los recursos suficientes, se realizan estrategias de afrontamiento para tratar de realizar un cambio en la situación y en la repercusión que esta tiene en la persona. De esta manera, si las estrategias empleadas tienen algún efecto, se produce un cambio entre el individuo y la situación, generando una reevaluación sobre los eventos, provocando una nueva respuesta de afrontamiento, es decir emocional. Así, se realiza una

MEMORIAS III CONGRESO INTERNACIONAL PSICOLOGIA Y EDUCACION PSYCHOLOGY INVESTIGATION

respuesta con unas características y una intensidad diferente, causando un agotamiento en el individuo o la finalización de la situación (Soriano, 2002).

Para el conocimiento del trauma psicosocial es importante ir hacia la situación pre traumática, debido a que es donde pueden existir algunas claves del daño psicológico y del desorden social que genera (Blanco Abarca & Díaz, 2004). Así mismo existen diferentes fenómenos resultantes del trauma psicosocial, entre ellos se encuentra el desplazamiento forzado, que en su mayoría se da en la población vulnerable como lo son los ancianos, las mujeres y los niños (Martín-Baró, 1990).

Según Sánchez y Jaramillo (1999), el apoyo social es un aspecto importante en el aumento del bienestar psicológico, ellos resaltan la necesidad que tienen las personas desplazadas de tener un oficio que les permita ocupar un rol laboral y así lograr una estabilidad.

Para el trabajo humanitario, el proceso familiar de crear conciencia crítica consiste en desarrollar el “empoderamiento” encuadrando el sufrimiento individual dentro de un contexto de manera que las historias individuales puedan ser entendidas en relación con los patrones sociales más amplios que contribuyen a las mismas (Hernández & Blanco, 2005). Una forma de trabajo humanitario sería desarrollar capacidades locales, familiares y personales (Castaño, 2004). Además se requiere una intervención humanitaria internacional (Haghebaert & Zaccarelli Davoli, 2009).

APROXIMACIÓN AL TRAUMA PSICOSOCIAL DESDE LA PSICOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN.

Los continuos conflictos políticos, económicos y culturales donde se enmarca la violencia, han acompañado el devenir de la raza humana desde sus inicios, sin embargo, esto contradice a su vez su humanidad, pues ésta se pone en tela de juicio al adoptar la guerra como método estratégico para obtener poder, llamando a la irracionalidad y a la deshumanización como sus aliados (Martín-Baró, 2000).

Las características como la violencia, la polarización y la mentira afectan a toda aquella sociedad que se encuentre dentro de la dinámica bélica, afectando sus demás procesos relacionales. La guerra: invención social, ha contagiado a vastas extensiones de colectividades de los miembros de una sociedad a nivel mundial, nacional y local, en este sentido, no solo afecta a las partes que están en disputa, sino también a quienes se encuentran fuera del marco del conflicto.

Por otro lado, quienes logran sobrevivir físicamente a la guerra, ésta logra anclarse de manera siniestra en sus mentes y corazones, pues los asesinatos, las masacres, torturas y demás actos atroces, trastornan sus vidas al dejar una marca indeleble en sus memorias, ocasionando malestares que irrumpen cotidianamente sus existencias, pues “sería ingenuo pensar que el ser humano no paga un precio por el desgaste que supone al adaptarse a estas

condiciones stressantes y, bajo muchos respectos, realmente límites” (Martín-Baró, 2000, pág. 16).

Entonces, concibiendo la salud mental como:

Una dimensión de las relaciones entre las personas y grupos más que un estado individual, aunque esa dimensión se enraice de manera diferente en el organismo de cada uno de los individuos involucrados en esas relaciones, produciendo diversas manifestaciones (“síntomas”) y estados (“síndromes”) (Martín-Baró, 2000^a, pág. 25)

La guerra se convierte en un problema de salud mental al estar determinada dentro de un marco relacional contaminado por la violencia, la cual “se convierte en hábito y en respuesta privilegiada” (Martín-Baró, 2000^a, pág. 29) dentro del marco incesante del conflicto.

Para Martín-Baró (2000) el trauma psicosocial es producto de un conflicto social que afecta a los individuos, como resultado de esto se genera un malestar social que tiene como constante la existencia de relaciones sociales basadas en la opresión y deshumanización dentro de un territorio en particular. Este tipo de relaciones sociales afectan directamente la convivencia y la dinámica social.

Según Hernández & Blanco (2005), la propuesta teórica de Ignacio Martín Baró “se sustenta sobre tres pilares: necesidad de historizar el conocimiento, compaginación del rigor científico con el compromiso social, que es un compromiso moral, y primacía de la realidad sobre las teorías apriorísticas que sobre ella tengamos” (pág. 9). Según lo anterior, Martín-Baró realiza un punto de vista de lo psicosocial a través de la relación sujeto-objeto e individuo-mundo. Así plantea su “realismo crítico”, teniendo en cuenta la relación entre lo individual y lo social como fuente para estudiar la realidad.

La violencia es un componente que genera sucesos de gran impacto en los individuos y la sociedad, los actos de este tipo son los que generan heridas psicosociales. Martín-Baró (1990) establece unas características para identificar lo que es “el trauma psicosocial”, la primera es que este posee un componente dialectico en cuanto a la sociedad ya que es un proceso histórico, por lo tanto es el resultado de una dinámica social particular. Asimismo, a través de los sucesos históricos se realizan las acciones que generan el trauma, ya que la dinámica social también es una dinámica histórica que generan consecuencias. Cuando se habla del carácter dialectico del trauma psicosocial se está haciendo referencia a que la afectación está relacionada con la vivencia de cada individuo, y su participación en el conflicto, como también de las características de su personalidad y experiencia (Martín-Baró, 2000a)

Una segunda característica es que el trauma psicosocial es producido socialmente, por lo tanto nace en la misma sociedad y como resultado afecta psicológicamente a los individuos. Como tercera característica Martín-Baró plantea que las relaciones sociales entre los individuos son causa del trauma psicosocial pero también funcionan como un eje multiplicador de malestar, ya que de las relaciones sociales se alimenta el trauma. De

MEMORIAS III CONGRESO INTERNACIONAL PSICOLOGIA Y EDUCACION PSYCHOLOGY INVESTIGATION

acuerdo con las ideas anteriores, las relaciones sociales se vuelven hostiles, debido a que la relación con el otro es deshumanizada.

Según Madariaga (2002), de los actos violentos surgen varios eventos traumáticos. Esto es causado por la agudización extrema del conflicto que no puede canalizarse por métodos pacíficos y se abre camino la confrontación armada, de esta manera sucede que las relaciones sociales pasan a ser relaciones de guerra, es allí donde suceden los hechos traumáticos.

Martín-Baró otorga gran importancia a las relaciones sociales posbélicas, ya que el trauma social sigue su curso más allá de la fase de flujo de la represión violenta. Las relaciones posbélicas, posibilitan intercambios vivenciales postraumáticos, permiten que los seres humanos intercambien sus vivencias después del impacto, lo cual permite aliviar la herida de manera compartida. Ya que, compartir con los demás permite seguir la asimilación del impacto, esto es un proceso de intercambio psicosocial.

De igual manera, la intensidad y severidad de los eventos en el conflicto armado, son aspectos que configuran el traumatismo psicosocial, al igual que, como lo mencionó Lira (2000):

Lo traumático está dado por dos elementos simultáneos: el impacto sorpresivo e inesperado de amenazas vitales múltiples las que, al mismo tiempo que aparecen como previsibles, son difíciles de discriminar, evitar o enfrentar. El segundo elemento surge de la desorganización experimentada por los sujetos concretos, las familias, los grupos sociales, los partidos políticos, etc. Esta desorganización conduce a respuestas inicialmente caóticas o inefectivas, que incluso aumentan el carácter traumático de la experiencia (pág. 187)

Al nacer en medio de un conflicto, cuya antigüedad afecta de igual manera a los padres y sus pautas de crianza, los jóvenes reconocen en la violencia su ambiente natural y su accionar corresponde coherentemente al normalizar conductas violentas; se asumen como “connatural el desprecio por la vida humana, la ley del más fuerte como criterio social y la corrupción como estilo de vida, precipitando así un grave círculo vicioso que tiende a perpetuar la guerra tanto objetiva como subjetivamente” (Martín-Baró, 2000b, pág. 82).

No con esto, se puede concluir que el trauma psicosocial sea diagnosticado a todo aquel que vivencie el conflicto, pues no todos los efectos son negativos; sin embargo, en el caso de la infancia y la juventud la tragedia psicológica que ocasiona la violencia podría generalizarse al estar desprovistos de la protección necesaria para enfrentarla; la carencia de un entorno seguro que le brinde a los niños, niñas y jóvenes el cariño y amor, juegos y aventura, protegido por figuras paternas que promuevan su bienestar, ocasiona en ellos un malestar que determinará su proceder en la vida adulta, pues al adoptar la violencia como medio para la interacción social y subsistencia, se les enseña que continuamente tendrán que enfrentar a un enemigo, donde quiera que se encuentre, no necesariamente dentro del contexto de violencia política.

Las relaciones sociales entre los seres humanos, son conexiones de intercambio que comparten vivencias. Así, como comparten vivencias se van estableciendo conexiones que socialmente intercambian modos de vivir el impacto, también se intercambian aspectos positivos que no son heridas psicosociales. Asimismo, la salud mental a nivel social está caracterizada por las relaciones humanas que se llevan a cabo, es claro que estas relaciones deben posibilitar la humanización para los miembros de cada sociedad (Martín-Baró, 2000).

PERSPECTIVA SOCIO-CONSTRUCCIONISTA DEL TRAUMA PSICOSOCIAL

“Las narraciones son recursos conversacionales,
construcciones abiertas a la modificación continuada
a medida que la interacción progresa”

Kenneth Gergen

En la búsqueda por reconocer otras realidades, dejando a un lado la valoración limitada de la capacidad del lenguaje, que desde la perspectiva positivista se inscribe como una capacidad que solo permite describir, comunicar y almacenar el conocimiento, para rescatarlo y considerar que “los objetos sociales están mediados por el lenguaje” (Shotter, 1996, p. 216), el construccionismo social se plantea como una forma alterna de entender el trauma psicosocial como una construcción social.

Esta mirada que “sustituye al individuo por la relación como el *locus* del conocimiento” (Gergen, 1996, pág.14) permite reconocer a las personas como seres sociales, cuyo principal elemento de socialización y construcción de realidades es el lenguaje significativo, el cual es entendido como “el producto de la independencia social, exigiendo en las acciones unas coordinadas formadas al menos por dos personas, y hasta que no existe un acuerdo mutuo sobre el carácter significativo de las palabras, no logran constituir el lenguaje” (Gergen, 1996, pág. 12)

Es el significado que se le otorga al lenguaje en un contexto relacional y en continua transformación el que nos constituye en seres sociales y, recíprocamente, son los actores sociales quienes constituyen el lenguaje, ya que las palabras se activan en el intercambio con los demás. Entonces, el énfasis en la interacción social, como el espacio donde el significado nace y se transforma a través de la palabra, construyendo a su vez realidades, es lo que interesa al socio-construccionismo. Desde esta lente, el trauma psicosocial, se define como una realidad construida en la interacción social.

Reconocer el trauma psicosocial de los afectados por la violencia política a través de un contexto relacional, superando la herencia occidental: donde se privilegia lo objetivo,

MEMORIAS III CONGRESO INTERNACIONAL PSICOLOGIA Y EDUCACION PSYCHOLOGY INVESTIGATION

atemporal, lo general para la producción de conocimiento, permite situarlo dentro de la realidad colombiana, caracterizada por el conflicto armado y la interacción violenta que permea a toda la sociedad.

Desde esta perspectiva, el investigador socio-construccionista no podrá desligarse de su ser social en el momento de la producción de conocimiento y por ende, el lenguaje que se utilizará para comunicar las lecturas “objetivas” no son la tan ansiada verdad que se espera desde la postura positivista, sino que por el contrario estarán impregnadas de subjetividades y de intereses sociales y políticos de un contexto social que lo caracteriza y lo acoge permanentemente por vivir, en este caso, en Colombia y ser testigo de su violencia recurrente.

Como ya se había mencionado, el reconocimiento del lenguaje como un desafío que adquiere significado dentro de un contexto relacional, haciendo que la producción de conocimiento científico, entendido como un discurso, se enmarque en los procesos micro-sociales situados en momentos históricos y culturales especiales, pues solo de esta manera se podrían reconocer las realidades sociales y a su vez, servir a sus transformaciones.

En busca de ontologías locales y susceptibles de transformarse dentro del continuo devenir relacional, el socio-construccionismo permite tener un acercamiento mucho más claro del trauma psicosocial en un contexto de desigualdades, otorgándole un significado particular por ser un producto dinámico y dependiente del proceso social.

El trauma psicosocial, desde esta perspectiva, se construye o de-construye desde el lenguaje, ya que éste es constructor de realidades, incluso cuando se esté hablando de experiencias pasadas sobre la afectación de la violencia política, pues se considera que el ejercicio de recordar “debe interpretarse como actividades encarnadas y constituidas en el seno de la pragmática de las prácticas sociales y comunicativas normales, y la significación simbólica del mundo natural o construido por el hombre” (Middleton, 1992, pág.26).

La Narración como elemento Constructor y re-creador de nuevas realidades

“cuando los acontecimientos vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, tal derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar”

Todorov

Las narraciones son herramientas sociales indispensables para la construcción social, y desde esta perspectiva el lenguaje se reconoce desde la lente posmoderna, donde se disuelve la metáfora del conducto: clásica lectura del lenguaje en la modernidad.

Basándose en la necesidad de comprender el lenguaje con un carácter performativo, es decir, el discurso como practica y proceso social (Garay, Iñiguez & Martínez, 2005), se supera la lente moderna donde “las emociones, las pasiones y la imaginación debían ser

dominadas al igual que la naturaleza” (Najmanovich, 1995, pág. 48) y los dualismos que la misma ha endurecido por los últimos siglos, invitando a reconocer las realidades locales construidas en la interacción de las personas, como actores sociales, y el lenguaje como espacio donde se crean y recrean las mismas.

Además, teniendo en cuenta que el mundo social es el entramado de relaciones y las personas parte del mismo, es necesario considerar los hilos sociales como indispensables en la comprensión del trauma psicosocial vivido en el marco de la violencia política específica a un contexto cultural, histórico y local.

La dinámica de la red social, la cual tienen los atributos de: “contención”, “sosten”, “posibilidad de manipulación”, “tejido”, “estructura”, densidad”, “extensión”, “control”, “posibilidad de crecimiento”, “ambición de conquista”, “fortaleza”, etcétera, tomados en préstamo de su modelo material” (Packman, 1995, pág. 296), permite intervenir el trauma psicosocial a partir de la transformación de las narrativas y fortalecimiento de las redes en los que se encuentren insertos los individuos, pues es la dinámica de la red la que permite encontrarnos saludables o enfermos:

Existe amplia evidencia de que una red social personal estable, sensible, activa y confiable es salutogénica, es decir, protege a la persona de las enfermedades, acelera los procesos de curación y aumenta la sobrevivencia. Y también existe evidencia de que la presencia de enfermedad en un miembro deteriora la calidad de su interacción social y, a la larga, el tamaño (el número de habitantes accesibles) de su red social (Sluzki, 1995, pág. 114).

Con lo anterior se constata que el trauma psicosocial es consecuencia del debilitamiento o destrucción de la red social a la que pertenecen las personas y es en la narrativa donde se reconoce este malestar, dejando en claro que los significados no son fijos, sino que por el contrario “están en permanente construcción y abiertos a cambios y desarrollos continuos” (Garay, Iñiguez & Martínez, 2005, pág. 114), es decir, se acepta el principio de indexicalidad. Así mismo, se debe reconocer que son muchas las narrativas que configuran la realidad y éstas no tienen un orden secuencial y lineal, por el contrario, estas se dinamizan en múltiples formas, como mencionaba Foucault (2002) “los discursos deben ser tratados como prácticas continuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o se excluyen” (pág. 53).

En este sentido, la narración tiene un efecto sanador, de ahí la importancia de abrir espacios donde los sobrevivientes sean escuchados y se les permita resignificar los eventos de violencia, pues “la elección de las palabras, la disposición de los recuerdos, la búsqueda estética conllevan el dominio de las emociones y la reorganización de la imagen que uno tiene de lo que le sucedió” (Cyrulnik, 2003, pág. 68). El trauma psicosocial como realidad narrada puede servir además a reconstruir las “líneas argumentativas” que se han roto como producto de la vivencia violenta dentro del conflicto (Garay, Iñiguez & Martínez, 2005).

Con esto le queda la tarea al investigador social de comprender la realidad relacional que los colombianos vivieron y viven, y reconocer que “hay que trabajar por un sinceramiento social, que lleve a conocer las realidades antes de definir las, a aceptar los hechos antes de

MEMORIAS III CONGRESO INTERNACIONAL PSICOLOGIA Y EDUCACION PSYCHOLOGY INVESTIGATION

interpretarlos” (Martín- Baró, 2000b, pág. 83), para luego si, iniciar un proceso de reparación que contribuya al bienestar de esta población, pues “una reparación real solamente será posible reconociendo lo que se destruyó, integrando lo que se perdió construyendo un futuro con fuerza y debilidad; con alegría y tristeza; integrando y construyendo la historia, sin olvidarla ni negarla” (Becker y Kovalskys, 2000, pág. 282).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Becker, D., & Kovalskys, J. (2000). Dentro y fuera de la cárcel: el problema de conquistar la libertad. En I. Martín-Baró, *Psicología Social de la Guerra: Trauma y Terapia* (págs. 269-283). San Salvador: UCA editores.

Beristain, C. (1999). *Reconstruir el tejido social: un enfoque crítico de la ayuda humanitaria*. Barcelona: Icaria.

Blanco Abarca, A., & Díaz, D. (2004). Bienestar social y trauma psicosocial: una visión alternativa al trastorno de estrés postraumático. *Clínica y salud: Revista de psicología clínica y salud*, 15(3), 217-252.

Castaño, B. L. (2004). A propósito de los psicosocial y el desplazamiento. En M. Bello, *Desplazamiento Forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (págs. 187-196). Bogotá: ACNUR-Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 18 de Junio de 2013, de <http://www.piupc.unal.edu.co/catedra01/pdfs/berthacastano.pdf>

Cyrulnik, B. (2006). *El murmullo de los fantasmas: volver a la vida después de un trauma*. Barcelona: Gesida.

Echeburúa, E., De Corral, P., & Amor, P. J. (2005). La resistencia humana ante los traumas y el duelo. En S. V. Paliativos, W. Astudillo A., A. Casado Da Rocha, & C. Mendinueta A. (Edits.), *Alivio de las situaciones difíciles y del sufrimiento en la terminalidad* (1 ed., págs. 337-359). San Sebastián, España: Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos.

Garay, A., Iñiguez, & Martínez, L. (2005). La perspectiva discursiva en psicología social. *Subjetividades y procesos cognitivos*, 105-130.

Gergen, K. (1996). *Realidades y Relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.

Haghebaert, G. V., & Zaccarelli Davoli, M. (2009). La salud mental y el desplazamiento. En O. P. Salud, *Guía Práctica de salud mental en desastres* (págs. 153-163). Washington, D.C, Estados Unidos.

Hernández, P., & Blanco, A. (2005). *Violencia Política y Trauma Psicosocial*. En A. Blanco, R. del Águila, & J. M. Sabucedo (Edits.), *Madrid 11-M: un Análisis del mal y Sus*

Consecuencias (págs. 281-310). Madrid: Trotta.

Kenneth, G. (1996). La construcción social: emergencia y potencial. En M. Packman, Construcciones de la experiencia humana (Vol. I, págs. 139-181). Barcelona: Gedisa.

Lira Komfeld, E. (2000). Psicología del miedo y la conducta colectiva en Chile. En I. Martín-Baró, Psicología Social de la Guerra: Trauma y Terapia (págs. 176-196). San Salvador: UCA editores.

Madariaga, C. (2002). Trauma psicosocial, trastorno de estrés postraumático y tortura. Serie Monografías, 9-24. Recuperado el 29 de Junio de 2013, de http://www.cintras.org/textos/monografias/monog_trauma_psicosocial_espanol.pdf

Martín Baró, I. (2000). Guerra y trauma psicosocial del niño salvadoreño. En I. Martín Baró, Psicología Social De La Guerra: Trauma y Terapia (págs. 35-39). San Salvador: UCA Editores.

Martín-Baró, I. (2000). Guerra y salud mental. En I. Martín-Baró, Psicología social de la guerra: trauma y terapia (págs. 23-40). San Salvador: UCA editores.

Martín-Baró, I. (2000a). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. En I. Martín-Baró, Psicología social de la guerra: Trauma y terapia (págs. 66-87). El Salvador: UCA.

Middleton, D., & Derek, E. (1992). Memoria Compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido. Barcelona: Paidós.

Molano, A. (2007). Sobre el desplazamiento forzado. En Observatorio de desplazados internos, & Consejo Noruego para Refugiados Colombia, Para que sepan. Hablan las personas desplazadas en Colombia. (págs. 210-236). Bogotá: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Naciones Unidas. (21 de Diciembre de 2007). Asamblea General de Consejo de Seguridad. Obtenido de Los niños y los conflictos armados: http://saliendodelcallejon.pnud.org.co/img_upload/6d6b6f7338396468346236633233737a/Inf_Srio_Gral_ONU_dic_2007_niñ_y_confl_armado.pdf

Najmanovich, D. (1995). El lenguaje de los vínculos. De la independencia absoluta a la autonomía Relativa. En E. Dabas, & D. Najmanovich, Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil (págs. 33-76). Buenos Aires: Paidós.

Navia, C. E., & Ossa, M. (2001). El secuestro, un trauma psicosocial. Revista de estudios sociales (9).

MEMORIAS III CONGRESO INTERNACIONAL PSICOLOGIA Y EDUCACION PSYCHOLOGY INVESTIGATION

Shotter, J. (1996). El lenguaje y la construcción del sí mismo. En M. Packman, Construcciones de la experiencia humana (págs. 213-225). Barcelona: Gedisa.

Soriano, J. (julio de 2002). Reflexiones sobre el concepto de afrontamiento. Boletín de psicología (75), 4.

Todorov, T. (2000). Los abusos de la memoria. Barcelona: Paidós.

RESEÑA AUTORES

ÁLVARO JAVIER LAVACUDE STERLING

Estudiante de Psicología de la UNIVERSIDAD SURCOLOMBIANA (Colombia), miembro del Grupo de Investigación CRECER y el semillero COMPARTIR, auxiliar de investigación del estudio “Las memorias colectivas, desde la mirada de las emociones, de los hogares que han vivido la violencia política y que como consecuencia son desplazados que ahora residen en Neiva”.

MIRYAM C FERNANDEZ-CEDIEL

Psicóloga, Magister en Psicología, magistrante en Conflicto, Territorio y Cultura. Docente Asistente de la UNIVERSIDAD SURCOLOMBIANA. Miembro activo del Grupo de Investigación CRECER, tutora del semillero COMPARTIR. Investigadora Principal del estudio “Las memorias colectivas, desde la mirada de las emociones, de los hogares que han vivido la violencia política y que como consecuencia son desplazados que ahora residen en Neiva”.



PI
PSYCHOLOGY INVESTIGATION